

hasta la costa á encontrar los navíos semejaba empresa de héroes. Después de reflexionar bien, decidió burlar la vigilancia de los sitiadores y evadirse sin que lo sintiesen: combinó perfectamente su plan, y dictó sus órdenes é instrucciones. Una tarde emprendió un ataque general en toda la línea de los sitiadores, acosándolos con salidas, algaradas y escaramuzas hasta cansarlos y fatigarlos. Los indios le contestaron entrando por ocho partes y caminos, en cerrados escuadrones, dando alaridos, y haciendo grandes ruidos. Al cerrar la noche, se retiraron las fuerzas á su campamento, se dió treguas al ataque, y todo quedó sumido en completo silencio. En el mismo punto, y con el mayor sigilo, empezó á organizar la salida, y cuando todo estuvo preparado se puso en marcha. Quería llamar la atención de los indios y evitar que por el silencio del campamento dedujesen su partida y se pusiesen en movimiento para estorbarla: se sirvió de un perro aquerenciado con uno de los soldados del ejército: puso al perro á dieta, y, en los momentos de salir, le ató seguramente al badajo de la campana que servía para las señales y toques del cuartel. Cuando el perro vió que su amo le dejaba, con saltos y brincos de ansiedad pugnaba por desasirse de la cuerda, y seguir en pos de los fugitivos; y mientras más bregaba por soltarse el perro, la campana sonaba y sonaba como en desesperado toque de rebato; y cuando los españoles desaparecieron de la vista del perro, continuaba este saltando de tiempo en tiempo para atrapar un pedazo de pan que le habían puesto en sitio bastante cercano para que excitase su apetito, y suficientemen-

te distante para que no pudiese alcanzarlo. La campana siguió así lanzando sus sonoros ecos en medio del silencio de la noche, remedando el tañido con que se alerta á los centinelas.

Los sitiadores, oyendo la campana como acostumbraban oír la todas las noches, ni sospecha tuvieron de la trama de los sitiadores, y entretanto éstos, aprovechando su descuido, adelantaron camino rumbo al norte. Iban precipitadamente, con intención de ponerse fuera del alcance de los indios cuya persecución temían y esperaban de seguro, una vez descubierta la estratagemá del perro y la campana.

Así fué en realidad: á la mañana, los indios, aunque seguían oyendo la campana en incesante clamoreo, notaban con extrañeza la ausencia de todo ruido humano en el campamento español. Se acercaron con precauciones, enviaron una descubierta, y acabaron por ver que el enemigo se les había escapado de entre las manos: comprendieron que debía haber seguido el camino de la costa, y arrancaron sin aliento en persecución suya. Al día siguiente, alcanzaron á distinguir la retaguardia española entre los bosques espesos que se extienden entre Chichen y Buctzootz; pero no se atrevieron á agredir. Gritaban, insultaban y afrentaban á los españoles con mil expresiones de escarnio y desvergüenza. Algunos soldados españoles no acertaban á reprimir el furor, y querían abalanzarse como tigres sobre los que los befaban; pero Montejo, el mozo, reprimía sus ímpetus belicosos, persuadiéndolos de la vanidad de luchar contra aquellas hordas sedientas de sangre: nada se había de

conseguir, sino sacrificar algunas vidas más y poner en riesgo la salvación de todo el ejército: en aquellos momentos debían despreciarse las palabras, como hojarasca y polvo vano, y atender sólo á salvar la vida.

No obstante, el capitán Montejo pensaba en su interior cómo escarmentar á los indios para que cesasen de molestarle. En breve se le presentó propicia ocasión que no quiso desaprovechar: llegó el ejército á una llanada que permitía jugar bien los caballos: puso en emboscada, á la entrada de la sabana, á seis ginetes de los más atrevidos, y el grueso de la fuerza siguió su camino. Los indios, como los días anteriores, venían picando la retaguardia, gritando y lanzando imprecaciones é insultos, sin presumir la zalagarda que les habían armado. Al pasar frente á la emboscada, salieron de improviso los ginetes, arremetieron con furia á los indios que iban sin recelo, y los alancearon desapiadadamente. Con la sorpresa, el miedo á los caballos, y el brío de la carga, toda la horda huyó despavorida, pensando que tenía sobre sí todo un regimiento de caballería, y sembrando el pánico en las bandas de guerreros que venían atrás: nadie pensó sino en ponerse en salvo, merced á la agilidad de sus piernas. Los seis ginetes españoles ahincaron la persecución; hicieron su agosto, segando vidas á maravillas; y, sostenidos por el resto del ejército, que había vuelto la cara en hora oportuna, pusieron en completa derrota á los indios. No faltaron rasgos de valor en algunos de estos que acosados vendieron cara su vida; y aun refiere Herrera que uno de ellos fué tan bravo y atrevido, y

de fuerza tan colosal, que corriendo un ginete español con su caballo á media rienda, asió al caballo del pié trasero, y le detuvo como un borrego: así de matalon estaría el rocin que montaba el ginete.

Como lo esperaba Montejo, los indios recibieron buena lección y escarmiento en este encuentro. Cesaron de perseguirle, y siguió su marcha sin molestia alguna, fuera de la natural, emanada de la alta temperatura y de las asperezas de la selva por donde iba abriéndose camino. Continuando rumbo al norte, vino á salir á las ciénagas de Buc-tzootz, linderos por el oriente del cacicazgo de los Cheles. Estaba ya en tierra amiga, y pudo orientarse y tomar informes en la primera población en que tocó. Preguntó por el camino de Tcoh adonde quería ir á reunirse con su padre, á quien presumía lleno de sobresalto en la ignorancia de su suerte. Bajando hacia el suroeste, á poco alcanzó la ciudad de Tcoh, donde Chel-Poot y sus vasallos, fieles en su amistad, le dieron buen recibimiento, á pesar de su triste condición de fugitivos y derrotados: los alojaron y alimentaron generosamente algunas semanas, aun á riesgo de atraerse la animosidad de los caciques de las otras regiones encarnizados contra el extranjero.

Ni el Adelantado ni su hijo juzgaban hacedero permanecer con los restos de su ejército en el cacicazgo de los Cheles, á merced de su buena voluntad que de un momento á otro podía cambiarse. Mucha mella les hacía el aislamiento á que se veían reducidos, sin noticias de Dávila, ni de Campeche, ni de México, y sin medio alguno de recibir refuer-

zos, municiones y víveres. La prosecución de la conquista en estas circunstancias no podía haber sino en imaginación calenturienta: lo razonable, lo práctico era volverse á Campeche, y esto, aprovechando la amistad aun firme de los Cheles. Así lo convinieron Montejo y sus capitanes, y partieron para Jilam, con ánimo de embarcarse. El cacique Anamux Chel, siempre benévolo y afectuoso, redobló sus finezas y agasajos, auxiliándolos con toda clase de recursos generosamente y sin medida: él mismo, y los dos jóvenes y gallardos hijos del cacique de Yobañ, quisieron acompañar á Montejo á Campeche, extremando hasta este punto las pruebas de su amistad.

Se embarcó todo el resto del ejército en Jilam,¹

1 Herrera en su historia general, copiando al Padre Landa, disiente en este punto, dando á entender que Montejo volvió á Campeche por tierra; pero nosotros, siguiendo á Valencia, á otra relación antigua citada por Cogolludo, y á éste mismo en su historia de Yucatán, juzgamos más seguro que el viaje se hubiese realizado por mar. No obstante, no dejamos de reconocer que el Padre Landa afirma demasiado categóricamente que la vuelta á Campeche fué por tierra, y en favor de esta versión está la deducción que puede sacarse de las instrucciones del adelantado Montejo á su hijo, en donde reseña á los indios de Acanul como antiguos conocidos, y como gran aliado suyo pone al cacique Uva Chancan, que no es otro sino Nachan Canul. También Juan de Lerma, en carta al Emperador, de primero de Junio de 1534, dice lo siguiente: «Tuvieron cercada la ciudad cinco ó seis meses, sin dejarlos salir á buscar comida sino con mucho riesgo i les mataron los indios amigos. i en todo este tiempo no pudimos saber dellos ni ellos de nosotros, hasta que resolvimos salir conquistando hasta la ciudad como hicimos pacificando todo el camino. Quando llegamos havian despoblado la ciudad por falta de bastimentos, herraje, armas i nos topamos en la provincia de Quepeche: ellos eran 100 i nosotros 120 dejando poblada Salamanca. Desde Quepeche comenzamos á conquistar toda la tierra i ya está pacificada como de primero». Este último dato, completamente falso, nos hace dudar de las otras aserciones, y nos inclina á insistir en que la vuelta á Campeche debió ser por mar. En abono de esta creencia tenemos, fuera de las autoridades antes citadas, el hecho bien comprobado de que D. Francisco de Montejo, el mozo, armó y cargó un galeón con el cual llegó hasta Jilam, y éste debía esperarle en este puerto.

y costeando por Sisal y la Desconocida, llegaron á Campeche á principios del año 1533.

Indeciso estuvo Montejo sobre lo que debería hacer. Ninguna noticia tenía de la suerte que hubiese corrido Dávila, maliciándose de lo peor, á juzgar por lo que á él había acontecido. El desaliento cundía entre todos los conquistadores, y arduos trabajos pasaba para impedir que se desbandasen. Andaba todavía dudoso y vacilante cuando ancló en Campeche el buque que trajo á Dávila y á su tropa de Trujillo, á mediados de 1533. A pesar del mal éxito de ambas expediciones, la llegada de Alonso Dávila alentó de nuevo á Montejo, hasta el grado de que quiso probar fortuna y continuar la conquista, cuyos principios se habían marcado de un modo tan funesto. Despachó á Alonso Dávila con cincuenta hombres á hacer una exploración por el interior, quizá para cerciorarse si las provincias aledañas de Hkin-Pech estaban levantadas como las que acababan de visitar. Antes de la vuelta de Dávila, pudo convencerse de que el país rechazaba su dominación: una turba como de veinte mil indios asaltó á Salamanca de Campeche, y llegó hasta junto al real español. El Adelantado, oyendo el alboroto, salió de su morada, y montando rápidamente á caballo, fué á conocer de propia vista la magnitud del ataque. Vió que el enemigo estaba dividido en muchos escuadrones, uno de los cuales bajaba por la ladera de la sierra, y era el que más próximo se veía. Al principio, el Adelantado tuvo la esperanza de sofocar la insurrección con solo su presencia y su palabra, y, dirigiéndose á galope á los que bajaban la sierra, los

llamó y apellidó con alta y cariñosa voz, persuadiéndoles á que se sometiesen, deponiendo su actitud hostil. Candor tan columbino estuvo á pique de costarle la vida, porque los indios, tan pronto como lo reconocieron, se arrojaron sobre él y le cercaron. Se quedó solo entre ellos, y ya pretendían desarmarle y desmontarle, cuando el Adelantado, comprendiendo el grave riesgo que corría, espoleó rápida y fuertemente su caballo que con un salto repentino derribó á los más cercanos asaltantes: la turba no se desconcertó, ni intimidó, y, volviendo á la carga, los indios se arrojaron sobre el caballo, asiéndole unos por las riendas, otros por los pies, por la cola y por las orejas: quien aseguró el arzón de la silla, quien los estribos, quien agarró con fuerza al mismo Adelantado. El caballo se encabritó, caracoleó, se empinó de nuevo; pero todo en vano: la multitud de los asaltantes llegó á dominarlo, y el Adelantado debía únicamente su vida al ánsia de llevárselo prisionero para sacrificarlo. En este instante, uno de los soldados de Montejo, Blas González, acertó á distinguir el riesgo que corría su jefe, y, rápido como una centella, lanza en ristre, se arrojó en socorro suyo, abriéndose paso por entre la aglomeración de indios, alanceándolos á diestra y siniestra. Otros soldados le siguieron, y, penetrando entre la compacta turba, pudieron llegar junto al Adelantado, en momentos en que, ya con algunas heridas, se preparaban los indios á llevarle para sacrificar á los ídolos. Fué tan grande el esfuerzo de Blas González que su caballo murió á poco de haber salvado al Adelantado, y él mismo sacó muchas heridas que

le dejaron fuera de servicio por algún tiempo.¹

La hazaña de Blas González produjo el triunfo: el escuadrón derrotado de los indios introdujo la confusión y el desorden entre los demás: el desaliento cundió y todos emprendieron la fuga: la siniestra nube se disipó como por encanto. Alonso Dávila, que regresó de prisa en socorro de Campeche, llegó cuando todo el peligro había cesado.

Tanta pertinacia en los mayas por rechazar la dominación española y la perspectiva poco halagadora entonces que ofrecía un país privado de minas, habían enfriado el entusiasmo de la gente de Montejo, y en Salamanca de Campeche se murmuraba contra toda idea de continuar la conquista. La desanimación llegó á su colmo cuando se supieron las maravillas de riqueza que Pizarro halló en el Perú. La distancia, la imaginación y las narraciones romancescas que se cruzaban de boca en boca acrecentaban la magnificencia de los países del mar del sur recientemente descubiertos: cada sujeto se imaginaba que no había más sino aportar á las costas del Perú, y ganar toda una fortuna: los ríos arrastraban arenas de oro, los llanos presen-

¹ «Y estando en la dicha provincia de Campeche que hera y mucha población, tuvimos con los indios muchos rencuentros de guerra en manera que nos vimos en gran aprieto por no ser más de diez ombres de a caballo y treinta ó quarenta peones y andando el dicho Adelantado escaramusando con los naturales le hirieron en una pierna de un flechazo y los indios lo tenían asido á él y al caballo que no se podía valer y él dando muchas bozes y gritos llamándome por mi nombre diziendo a hijo Blas González socorremé, llegué yo á las voces en mi caballo a todo correr y de mi llegada resultó que con el animo y diligencia que puse lo quité de poder de los dichos indios que le tenían á mal tratar y le libré de poder dellos y si aquella coyuntura no llegara le mataran y dello resultara que la tierra y gente pasara mucho trabajo é se des poblara la tierra.» *Relación de Blas González á S. M. de 12 de Mayo de 1579.*

taban placeres cundidos del precioso metal, la plata y las piedras preciosas eran allí tan comunes como el aire y el agua: tales eran los ensueños que se forjaban del país de los Incas. Todos los ambiciosos, los deseosos de correr fortuna, vieron un campo abierto á sus aspiraciones, y se estableció una corriente de aventureros que fueron al Perú en busca de fácil y rápido bienestar. Los soldados de Montejo, seducidos por este espejismo encantador, empezaron á abandonar á su jefe, y, abierta ó clandestinamente, fueron dejando las playas de Campeche con dirección al Perú. El ejército quedó reducido á corto número de plazas, con las cuales era imposible emprender nada nuevo ni sólido; y como ni aun siquiera era probable acertar á sostenerse en Campeche, el mismo Adelantado empezó á creer que semejante situación era insostenible, y que urgía ir á México á allegar nuevos recursos, reclutar gente, y volver con refuerzos á continuar la comenzada obra de cuyo abandono ni pensar quería.

El viaje á México quedó decidido, y, á fines de 1534, se embarcó el Adelantado para Veracruz, en compañía del alférez Gonzalo Nieto y del contador Alonso Dávila: Don Francisco de Montejo, el mozo, permaneció en Campeche como jefe de la guarnición. Al llegar á México, el Adelantado se ocupó en dar cuenta de todas sus operaciones á la Audiencia, haciendo una reseña minuciosa de todos sus trabajos. La primera Audiencia había cedido el lugar á la segunda, compuesta del Illmo. Señor Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, D. Vasco de Quiroga, Alonso Maldonado, Francisco Seinos y Juan de Sal-

merón. Esta audiencia, informando al Rey sobre los agravios de que se quejaban los conquistadores y estado de la nueva España, le avisaba á principios de 1533 que Montejo andaba muy trabajado en Yucatán,¹ sin poder comunicarle pormenores porque carecía de ellos á causa de la ausencia de comunicación con Campeche. Con esto, la Audiencia estaba deseosa de conocer todos los detalles de la expedición á Yucatán, y escuchó las prolongadas relaciones de Montejo, manifestándose dispuesta á protegerlo, á pesar del mal éxito que sus operaciones habían tenido hasta entonces. A ello debe haber contribuido la carta de la Reina, de 4 de Abril de 1531, en que mandó hacer averiguación sumaria de los agravios que se habían hecho á Montejo en Tabasco.

Terminada esta averiguación, la Audiencia mandó restituir en la gobernación de Tabasco al Adelantado Montejo, y Baltazar Osorio tuvo que cederle el puesto mal de su pesar. La posesión del gobierno de Tabasco dió nuevos bríos al Adelantado para no desistir de su empresa. Recogió todos los frutos acumulados de sus encomiendas, y los destinó para aviar una nueva expedición que debía ir á Campeche en socorro de la gente que había dejado allí de guarnición. Enganchó algunos voluntarios, compró armas, municiones, víveres y dos navíos, y, bien pertrechados, los envió á Campeche al mando de Gonzalo Nieto, con instrucciones de que recogiese á todos los castellanos y los llevase á Tabasco, desamparando por completo la tierra de Yucatán, entretanto se organizaban fuer-

1. Herrera. *Década V.* pag. 122

zas suficientes para llevar á cabo su conquista.¹ Estas instrucciones no fueron inmediatamente cumplidas, pues Nieto se detuvo en Campeche² y se hizo cargo del gobierno del puerto, en tanto que D. Francisco de Montejo, el mozo, se trasladó³ con los dos navíos á Tabasco, de cuya gobernación tomó posesión como teniente de su padre.

Don Francisco de Montejo, el mozo, constituido lugarteniente y capitán general de la provincia de Tabasco, en nombre de su padre, se estableció en la villa de la Victoria, y á él se debió en gran parte que esta villa no se despoblase. Encontró la provincia de Tabasco casi en la misma situación desesperada en que estaba Campeche: la emigración al Perú había privado á la villa de la Victoria de sus mejores pobladores, y los pocos que quedaban se sentían muy inclinados á imitar el ejemplo de los que habían partido: los indios chontales se mostraban poco conformes con los repartimientos verificados y tributos impuestos, y mal disimulaban su deseo de sacudir el dominio español. Necesitó Montejo, el mozo, todo su talento y discreción para conservar la paz entre los indios y animar á los pocos vecinos españoles que quedaban, para que no cambiasen de residencia. Las medidas acertadas que tomó, y el trato franco, sincero y benévolo que dió á sus gobernados, afirmaron el dominio español en Tabasco, de modo que nunca más fué perturbado en el siglo diez y seis.

1 Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, tercera edición, pag. 154.

2 Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 155.

3 *Información de servicios de D. Francisco de Montejo, hijo del Adelantado del mismo nombre*, contestación á la novena pregunta.

El Adelantado continuaba en México sus gestiones ante la Audiencia, y era secundado en España por sus amigos, entre los cuales se distinguían Juan de Lerma y Sebastián Rodríguez. Este último había obtenido, el 9 de Diciembre de 1533, una real cédula por la cual se ordenaba á la Audiencia real de México que conservase al adelantado Montejo las encomiendas que le habían tocado como conquistador de la Nueva-España en el repartimiento de indios que hizo Cortés. Estas encomiendas las había dejado Montejo á un hermano suyo, al tiempo que fué á la conquista de Yucatán y Cozumel, y sus rentas servían para reportar los gastos de sus expediciones. Al mismo tiempo, como en España se tenían buenas noticias de la Conquista de Yucatán y de la fundación de Villa Real, Ciudad Real y Salamanca, el 19 de Diciembre de 1533 se despachó título de escribano público del número y del concejo de la ciudad de Ciudad Real en las islas de Yucatán y Cozumel, en favor de Alonso de la Torre, y se nombró tesorero real á Juan de Lerma, en sustitución de Pedro de Luna, que había fallecido. Pero la más importante concesión obtenida por los amigos y favorecedores de Montejo fué la cédula de 19 de Diciembre de 1533, dada en Monzon por el Rey, y refrendada por el secretario Francisco de los Cobos. Esta cédula, y otra de la misma fecha, confirmatoria de la anterior, abrieron nuevo campo á las aspiraciones de Montejo. Había solicitado de la Corte, que no solamente tuviese el gobierno de Yucatán, sino además los de Tabasco y Honduras, que, como países confinantes, le eran necesarios para ayudarse y alcanzar éxito en

la conquista emprendida. Sus abogados enaltecieron con tanta destreza sus servicios y trabajos y la conveniencia pública de unir el gobierno de las tres provincias, que alcanzaron el triunfo más completo, y aun puede decirse que aventajó á las esperanzas más lisonjeras que Montejo hubiese podido concebir. El resultado fué tanto más admirable, si se considera que Honduras había sido concedida á D. Pedro de Alvarado, y que los abogados de éste no poco habrían influido para oponerse á las pretensiones de Montejo.

La primera cédula de 19 de Diciembre de 1533, no solamente confirma las capitulaciones celebradas respecto de Yucatán é isla de Cozumel, sino que, además, confiere al adelantado D. Francisco de Montejo, la gobernación de todas las tierras y provincias que hay desde el río de Capilco,¹ Goatzacoalcos inclusive, hasta el río de Ulúa, que es al levante, sin embargo de cualesquier capitulaciones y provisiones que antes se hubiesen dado. Únicamente se restringían sus facultades prohibiéndole remover á los encomenderos nombrados por otros gobernadores en el territorio de su nueva goberna-

¹ Capilco ó Copileo. Respecto de la situación de este río, se lee en una relación del Ayuntamiento de la villa de Santa María de la Victoria, lo siguiente: «prosiguiendo al oeste (del río de Dos Bocas) la costa adelante, á seys leguas, está otro río é puerto que se dice copileo que tenía de boca como un tiro de ballesta, es hondable, dentro en el dicho Río tiene la barra del ocho palmos de agua, entrase en el norueste sueste, es despoblado este río formase de unas cienegas é pantanos que bienen de la tierra adentro, estan unos poblezueros arredrados deste río la tierra adentro como quatro leguas seys y ocho que se disen los copilcos de los quales proveen de lo nescesario á tres Indios que asisten en el río de copilcos para pasar segun que los de las bocas para lo qual tienen sus canoas allí, dos leguas mas adelante de este dicho Río se parte é divide la jurisdicción entre esta villa é la de guazagualco.

ción y ordenándole que en los repartimientos nuevos que hiciera no perjudicase los derechos de tercero. Esta concesión comprendía las provincias de Tabasco y Honduras; no obstante, el gobierno de estas tierras no se le daba en los mismos términos que el de Yucatán, sino temporalmente y mientras pluguiese á la corona conservarlo en el gobierno. Se le concedía facultad para que por graves causas pudiese desterrar á cualquiera persona del territorio de su gobernación, y se le asignaba por sueldo de su nuevo encargo la cantidad de ciento cincuenta mil maravedises anuales. En el pensamiento del gobierno español no cabía hacer de todas estas provincias un solo gobierno, sino conservar la entidad separada de cada una de ellas, y así, se dispuso que se llevase cuenta y razón por separado del fisco real de Yucatán.

La otra cédula de la misma fecha ordena que, sin perjuicio de la concesión hecha á D. Pedro de Alvarado en 20 de Julio de 1532, se le daba licencia y facultad al adelantado Montejo para que fuese, con la gente que tuviese, á conquistar el puerto de Caballos, Bahía de Naco y Pinillo, y que repartiese indios entre los conquistadores, conforme á las calidades de sus personas y servicios. Se le puso por taxativa que si D. Pedro de Alvarado, ó el gobernador de Honduras, ú otra persona enviada por él tuviese poblados estos lugares, ó estuvieren ya en la conquista ó población de ellos, caducaría la concesión, de modo que ya Montejo no podría entrometerse en la conquista y población, á no ser que se pidiese su ayuda.

Estas cédulas, si bien halagaban los deseos y

gustos del Adelantado, lo iban á envolver en complicaciones graves con D. Pedro de Alvarado, cuyos derechos rozaban las nuevas concesiones. A pesar de la convicción de disgustos y desavenencias que le acarrearía la ejecución de estas cédulas, no quiso prescindir de sus beneficios, y se decidió á penetrar en Honduras. A ello le invitaban las instancias presurosas de Alonso Dávila, que con haber reconocido la costa nordeste de Honduras, estaba seducido y encantado de la tierra, y anhelante de que fundasen poblaciones por esos rumbos como base indeclinable para continuar la conquista de Yucatán. Aunque Montejo acogió sus excitativas, como que también cuadraban á sus intenciones, no pudo Dávila seguirle, por haber acompañado á D. Antonio de Mendoza á la pacificación de Guadalajara, y haber muerto poco después en México.

La guarnición de Campeche, donde mandaba Gonzalo Nieto con el caracter de alcalde, pasó los años de 1534 y 1535 por un período de la más honda tribulación y miseria que puede imaginarse. A los sufrimientos naturales del clima, las enfermedades del país y las molestias consiguientes de la falta de costumbre á los alimentos, se añadía la escasez de provisiones emanada de las pocas comunicaciones con Veracruz, y de la hostilidad abierta de los mayas. Casi todos los soldados se enfermaron, y Gonzalo Nieto, rodeado de enfermos, sufría trasadores de muerte con la carencia de todo recurso con qué aliviar las dolencias de sus subalternos. Sin médico, ni medicinas, se sentía acongojado; pero su congoja se convertía en agonía, viéndose exhausto aun de alimentos qué dar á los en-

fermos: ni aun pastura había para los caballos, y á riesgo de que los matasen los indios, los dejaban pacer libremente en las laderas inmediatas de los cerros. Diariamente era menester salir á proveerse de víveres, tomándolos por la fuerza, que de buena voluntad nadie los daba; y para esta tarea, ardua por demas, apenas quedaban en pié cinco soldados y el capitán Nieto. Aun á este último tocóle el turno de guardar cama: en un encuentro verificado en una de tantas salidas en busca de alimentos, fué herido gravemente, si bien por fortuna y á pesar de su abandono total á las solas fuerzas de la naturaleza pudo sanar y ponerse de nuevo á la cabeza de la guarnición. Adquirió Nieto la convicción profunda de que si persistía ocupando Campeche perecerían todos los ocupantes de inanición, y así, á principios del año de 1535, resolvió desamparar la ciudad; pero aun desamparándola quiso dejar inmunes todos los derechos adquiridos á su juicio por la corona de España, y con este fin mandó levantar una protesta de que solamente cediendo á la necesidad abandonaba la ciudad de Salamanca de Campeche; pero que su ánimo de ninguna manera podía ser renunciar para siempre los derechos de primer ocupante que á su nación correspondían, y que, dejándolos ilesos y subsistentes en toda su integridad, se separaba temporalmente, sin perjuicio de volver á recuperarla, pasadas las circunstancias azarosas que le ponían en la precisión de partir. Levantada esta protesta, embarcó sus enfermos, soldados y equipaje, y él entró el postrero á bordo del buque, y se trasladó á Tabasco.¹

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I. pag. 155.

Yucatán quedó con esto libre de los extranjeros, y en toda la península se celebraron fiestas, pensando los mayas que su suelo patrio no volvería á ser hollado por la planta de los invasores.

CAPITULO XIII.

Gran hambre en Yucatán.—Plaga de langostas.—Proyectos de romería y solemne sacrificio en Chichen-Itzá.—Felonía de Nachi Cocon.—Encarnizada guerra entre los de Maní y los de Zotuta.—Muerte de Ahpulá Napot Xiu.—El virey de Nueva-España D. Antonio de Mendoza envía cuatro frailes franciscanos á establecerse en Yucatán.—Llegada de los misioneros á Champotón.—Buen éxito de sus trabajos.—Fracasan por la codicia de unos soldados españoles que entraron por Tixchel.—Fray Antonio de Ciudad Rodrigo envía otros franciscanos á dar una misión en las costas del golfo de México, y llegan hasta Champotón y Campeche. 1

Los mayas creían haberse librado para siempre del yugo extranjero, y el año de 1535 lució para ellos alegre y feliz en sus primeros meses. No obstante, el regocijo fué de poca duración, porque las lluvias, que periódicamente refrescan los campos, y que son el único recurso de la agricultura, faltaron por completo, ó por lo menos fueron excesivamente escasas, y de aquí dimanó una gran sequía que hizo perder las cosechas de cereales, principal fuente de la alimentación del pueblo maya. Desde que pasaron los meses de Mayo y Junio y la benéfica lluvia tardaba en caer, hubo extremada

1 Herrera, *Década*, pág. 205.—Cogolludo, tomo I, pág. 167.—Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, páginas 379 y 665.—«Uno de los compañeros del dicho Fray Martín de Valencia, llamado Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, siendo provincial en el año de 1537, envió cinco frailes á la costa del mar del Norte, y fueron predicando y enseñando por los pueblos de Coatzacoalcos y Piutel (aquí está poblado de españoles y el pueblo se llama Santa María de la Victoria; ya esto es en Tabasco), pasaron á Xicalan-